

DEL ESTADO DEL PRÍNCIPE AL ESTADO DE LA SOCIEDAD CIVIL

Los debates acerca del "origen del estado", aun cuando se ciñan al estado moderno, han ocupado centenares de volúmenes y han entretenido a generaciones enteras de especialistas en la materia (Badie y Birnbaum, 1979, pp. 65-101). Por más que no pretendo sugerir que esta actividad tan intensa en forma alguna haya carecido de sentido, sí quisiera adoptar la postura de Quentin Skinner cuando dice que, "el indicio más certero de que una sociedad ha entrado en posesión firme de un nuevo concepto, es que se desarrolle un nuevo vocabulario, en función del cual se podrá entonces articular y debatir públicamente el concepto en cuestión" (Skinner, 1978, vol. 1, pp. xii-xiii; véase también, 1978, vol. 2, p. 352, y 1979). Esto no significa que el uso del concepto de estado se deba considerar como el único indicador de una correspondiente realidad del estado. Dicha interpretación sería ciertamente de corte muy simplista. Sin embargo, una reconstrucción del grado hasta el cual queda expresada la autoconcientización de las élites gobernantes mediante el uso del concepto de estado, puede arrojar luz sobre el debate acerca del origen o de la estructuración del estado. Empero, tales debates son, con demasiada frecuencia, como un acto de bautismo en el que el analista opta por llamar "estado" a un objeto histórico específico, y no a otro, apoyándose únicamente en criterios arbitrarios.

En la obra de Maquiavelo es donde se puede encontrar el origen del concepto moderno del estado, junto con los primeros usos modernos e inciertos de este vocablo. En tanto que Maquiavelo fue el autor que abrió la puerta de un nuevo mundo, Hobbes y Locke establecieron las dos direcciones del pensamiento político y social en los siglos que siguieron. Entre los dos (entre el estado del Leviatán y el estado como sociedad civil), Hobbes y Locke crearon un vocabulario nuevo, un vocabulario que le permitió a la sociedad occidental moderna expresar la cuestión del orden.

→ pugna por control poder espiritual

Pero el origen de la modernidad política se tiene que buscar en el período inmediatamente anterior al Humanismo y al Renacimiento, a finales de la Edad Media y, en particular, durante la pugna que se dio entre la Iglesia y el Sacro Imperio Romano para lograr el control del poder espiritual (Ullmann, 1961; Berman, 1983; Kantorowicz, 1957). Ernst Kantorowicz ha mostrado de manera muy acertada que el concepto religioso del *corpus mysticum* se trasladó de la Iglesia al Imperio, y luego, de modo más general, a cualquier instancia del "cuerpo político" (1957, pp. 193-272). Ambos conceptos fueron creados por legistas profesionales cuyo pensamiento se había formado en las universidades, alrededor de las glosas y comentarios sobre el *Digesto* de Justiniano:

El noble concepto del *corpus mysticum*, tras haber perdido buena parte de su significado trascendental y de haber sido politizado, así como en muchos aspectos secularizado por la propia Iglesia, fácilmente cayó presa del mundo del pensamiento de los estadistas, juristas y escolásticos que estaban desarrollando nuevas ideologías para los nacientes estados territoriales y seculares (Kantorowicz, 1957, p. 207).

En el propio concepto de un cuerpo místico está implícito un llamamiento a creer. El carácter místico sobrenatural del cuerpo religioso, la Iglesia, se trasladó a la comunidad política, cuya unidad y orden descansaban en las creencias de sus miembros. Éste fue el secreto sobre el cual posteriormente se apoyó el propio "estado". Los celebrantes del ritual, los sacerdotes legos de este "mito" (Cassirer, 1946), eran los técnicos legales y los expertos en jurisprudencia que ayudaron a aportarle "al gobierno secular, por así decirlo, una bocanada de incienso de otro mundo" (Kantorowicz, 1957, p. 210).

Los conceptos de reglas legales y puestos ya habían existido durante algún tiempo, en especial dentro de la Iglesia. El renacimiento del derecho romano en el siglo XI, transmitido al principio a través de las glosas en torno al *Digesto* del emperador Justiniano en la recién creada *Universitates Studiorum* de Bolonia y en otras ciudades europeas, se hallaba vinculado tanto a las necesidades del papado en cuanto a contar con una justificación legal y racional en su lucha contra el emperador, como al desarrollo de un mercado europeo más amplio. No obstante, tuvo que transcurrir bastante tiempo antes de que estos conceptos de puestos y reglas legales

adquirieran efectivamente una calidad de estado. Esto ocurre cuando, paulatinamente, el “estado del príncipe”, esto es, estado concebido como el conjunto de “todos los hombres (y los recursos) del rey”, ya no formó parte del príncipe sino que, en virtud de ello, asumió la calidad de una agencia personal e independiente (Miglio, 1981, p. 75; Poggi, 1978, p. 78).

EL ESTADO DEL PRÍNCIPE

El surgimiento del concepto de estado se vio apoyado por un ambiente moral que Maquiavelo describía de la manera siguiente:

Y aquí se presenta la cuestión de saber si vale más ser temido que amado. Respondo que convendría ser una y otra cosa juntamente, pero que, dada la dificultad de este juego simultáneo, y la necesidad de carecer de uno de otro de ambos beneficios, el partido más seguro es ser temido antes que amado. Hablando *in genere*, puede decirse que los hombres son ingratos, volubles, disimulados, huidores de peligros y ansiosos de ganancias. Mientras les hacemos bien y necesitan de nosotros, nos ofrecen sangre, caudal, vida e hijos, pero se rebelan cuando ya no les somos útiles. El príncipe que ha confiado en ellos, se halla destituido de todos los apoyos preparatorios, y decae, pues las amistades que se adquieren, no con la nobleza y la gradeza de alma, sino con el dinero, no son de provecho alguno en los tiempos difíciles y penosos, por mucho que se les haya merecido. Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amigo que al que se hace temer, porque el afecto no se retiene por el vínculo de la gratitud, que, en atención a la perversidad ingénita de nuestra condición, toda ocasión de interés personal llega a romper, paso que el miedo a la autoridad política se mantiene siempre con miedo al castigo inmediato, que no abandona nunca a los hombres (1513, pp. 47-48) [pp. 346-347].

Con estas palabras, en 1513, Nicolás Maquiavelo, el ex todopoderoso secretario de la República florentina, explicaba la fría visión que tenía en cuanto a la naturaleza del hombre y respecto de la relación de éste con su “príncipe”. Esta imagen no provenía de fantasías intelectuales de torre de marfil. Hasta 1512, cuando la familia Médici recobró el control de Florencia y dio fin a la experiencia republicana de ese territorio, Maquiavelo había figurado

do entre los funcionarios más encumbrados de la República, y era un experto en los asuntos internos, así como en los internacionales.

El concepto que tenía Maquiavelo de lo que debía ser el arte de gobernar no era el simple reflejo de las complejas vicisitudes de la política interna florentina, sino que se basaba en lo bien que conocía el teatro político de Europa, sobre el cual se cernían los negros nubarrones de un papado declinante y la fortuna ascendente de las monarquías absolutas tanto en Francia como en Inglaterra.¹ Debido al desarrollo protocapitalista que había tenido lugar en Florencia y en otras áreas del norte de Italia, especialmente en Lombardía, la riqueza y prosperidad de los banqueros florentinos estaba ya bien establecida cuando Maquiavelo se encontró en el papel de emisario de la República de los reinos de Francia e Inglaterra. Como representante de los intereses mundiales de Florencia en los aspectos políticos, legales y económicos, el Secretario gozaba de una posición privilegiada desde la cual podía observar y participar en las complejidades de la formación de las modernas naciones-estado europeas.

La serie de imágenes que se utilizan en la cita que dimos más arriba sugiere la oposición, de carácter decisivo, que existía entre “el empresario político” —el príncipe (Miglio, 1981, p. 78)—, y la aparentemente irredenta anarquía que caracterizaba el estado de sus súbditos. A la manera típica del Renacimiento, Maquiavelo veía la vocación del príncipe como aquella que diera forma a una naturaleza humana recalcitrante. En la realización de esta labor residía su habilidad, su oficio (*su virtù*). Su *virtù* lo hace príncipe. No existe investidura divina o humana que pueda hacer otro tanto.

En el mundo cultural de Maquiavelo había dos suposiciones subyacentes a la descripción de la relación entre el príncipe y sus súbditos. Una de ellas era la antropología negativa, una visión del hombre y la mujer impregnados de egoísmo, superchería y ardid. La segunda era un concepto del gobierno como empresa meramente secular, exenta de cualquier subordinación a la religión o a la moral. Es posible seguir el surgimiento de ambas

¹ Véanse los interesantes comentarios que hace Gramsci sobre la importancia histórica y cultural que tiene Maquiavelo (1929-1935, pp. 1553-1652). A lo largo del presente volumen, sigo la edición italiana Einaudi de 1975, de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci (que en el texto quedan indicados por los años en que realmente se escribieron, 1929-1935). Ésta fue la primera edición filológicamente correcta. Aún no existe ninguna traducción completa de esta edición al inglés.

hipótesis a través del desarrollo de la sociedad europea, desde la Edad Media hasta el Renacimiento.

Por supuesto, el vocabulario de la antropología negativa había caracterizado a la cristiandad desde sus inicios, y especialmente en el conjunto de imágenes de la caída. Empero, en el pensamiento medieval, el mito del pecado original se utilizaba siempre como argumento en favor de un poder universalista, que reclamaban igualmente para sí los dirigentes espirituales y los temporales. Tanto si el liderazgo lo expresaba el papa, como si lo pretendía el sacro emperador romano, las metas de la vida práctica quedaban bajo la dependencia de las concernientes a la salvación eterna. En las *Confesiones* místicas de Agustín, o en la construcción racionalista que hizo Dante de la jerarquía del mundo cristiano en *De monarchia*, la vida temporal tenía que ser menospreciada o se la debía considerar como un peldaño hacia una mayor comunión con la divinidad.

El mundo oficial medieval, mundo de señores y siervos, obispos, monjes y escolásticos religiosos, se aferraba tenazmente a ese vocabulario que proporcionaba seguridad y protección. Pero estaba surgiendo y desarrollándose un mundo distinto, un mundo para el cual las enseñanzas de Agustín representaban grilletes cada vez más incómodos. Éste era el mundo de los herejes y los vagabundos, los comerciantes y los artesanos, los escolásticos legos y los soldados aventureros, los jornaleros, los artistas y los funcionarios públicos. Era el mundo de las ciudades libres e independientes del centro y norte de Italia así como de Alemania —*Stadtlust macht frei!*— y de una campaña por la que deambulaban libremente los ejércitos, los bandidos y toda suerte de disidentes políticos y sociales —el mundo que se describe en el *Decamerón* de Boccaccio y en los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer.

Las universidades de este nuevo mundo ya habían producido una intensa escolástica en los campos del derecho y de la política, desarrollada, al principio, en conjunción con las necesidades del papa y del emperador, para efectos de asesoría en sus respectivas pretensiones a la preeminencia sobre el mundo conocido. Sin embargo, cada vez con mayor frecuencia, las universidades ayudaban a forjar el vocabulario legal y político de la burguesía mercantil de las ciudades, de los grandes señores y de las élites que estaban apareciendo en las nacientes monarquías nacionales. El maestro de Dante, Brunetto Latini, puso en boga, a principios de la década

de 1260, el género que posteriormente haría famoso *El príncipe* de Maquiavelo. En la última sección de su *Livres dou Tresor*, escrito en *langue d'oil*, Brunetto Latini sostenía que el "governemens des cités" es "la plus noble et la plus haute science et li plus noble offices qui soit en tiere, selonc ce que Aristotles prueve en son livre".² Más tarde, sin embargo, con Bartolo, y especialmente con Marsilio de Padua y su *Defensor Pacis*, obra escrita durante la primera mitad del siglo XIV, el poder coercitivo se definió como una prerrogativa secular de los señoríos y monarquías existentes, y no del papado o del Sacro Imperio Romano (Skinner, 1978, vol. 2, p. 351). Marsilio distinguía también nítidamente el papel espiritual de la Iglesia, el de "enseñar y practicar", y el poder coercitivo temporal de la autoridad política. En consecuencia, Marsilio fue probablemente el primero en proponer la distinción entre ideología política (y el derecho como ideología), y coerción. El propio Maquiavelo posteriormente se referiría a esta distinción al señalar que un príncipe debe saber cómo hacer buen uso tanto de la bestia como del hombre³ (Maquiavelo, 1513, p. 49).

La razón por la cual el príncipe se ve obligado a desempeñar el papel de "la bestia" está vinculada, como ya hemos visto, con el concepto de una humanidad "corrupta". En los cuentos de Boccaccio y de Chaucer, así como en la comedia *La mandrágora* del propio Maquiavelo, a los hombres y a las mujeres los guía su ingenio (y su simpleza) en la búsqueda de honor, prestigio, amor y especialmente poder; poder sobre otros hombres o sobre las cosas. Desde este punto de vista, los hombres son esencialmente "codiciosos". Las motivaciones del príncipe de Maquiavelo no dejan de ser similares. Esto no significa, claro está, que Maquiavelo compartiera tales motivaciones, de lo que en algunas ocasiones se le acusó.⁴ El logro del orden interno, que es de lo que Maquiavelo trataba en su obra,

² "El gobierno de las ciudades [...] la ciencia más noble y más alta, así como la más noble de las ocupaciones mundanas, como lo demuestra Aristóteles en su libro" (la traducción es mía).

³ El hombre y la bestia, la Iglesia y el estado, son también los polos de los pares de oposiciones que utiliza Gramsci en sus extensos comentarios sobre Maquiavelo, con objeto de indicar el contraste entre coerción y consenso. Althusser se iba a basar en estos pasajes de Gramsci para proponer su teoría de las dos clases de aparatos estatales, el "ideológico" y el "represivo" (1970). La fuente de estas imágenes mentales se remonta, al parecer, hasta Marsilio.

⁴ Sobre la suerte que ha corrido *El príncipe* en diversos momentos y en el transcurso de los siglos, véase Cassirer (1946).

no constituía un fin en sí mismo. Era un subproducto, una consecuencia colateral del deseo del príncipe en cuanto a ser un buen príncipe —a la vez que una condición para ello— y, por ende, de ser capaz de gobernar. Los fines y motivos del príncipe, en realidad no son de mucho interés para el autor, quien señala sucintamente que si uno desea ser un príncipe venturoso es preciso seguir ciertas reglas técnicas de comportamiento que se han obtenido de la experiencia. Así, el gobernar es, ante todo, una cuestión *técnica*. De la misma manera que Leon Battista Alberti y Leonardo habían establecido los principios de la buena arquitectura y de la buena pintura, igualmente Maquiavelo estipuló los principios del buen gobierno. Tal como señalaba Jacob Burckhardt: para los florentinos del Renacimiento “el estado” era “una obra de arte” (1860, pp. 1-80; Dyson, 1980, p. 30).

Para ser un buen arquitecto y un buen pintor, es preciso conocer la “naturaleza” del objeto hacia el que uno siente vocación. El arquitecto o el pintor deben comprender las leyes del mundo físico. El príncipe necesita conocer las leyes del mundo político —las leyes que rigen la conducta de los hombres y de las mujeres que ocupan una posición subordinada, en la *polis*. A estas leyes se les debe considerar como objetos de investigación independientes, y no a modo de auxiliares para los fines más altos de la religión y de la moralidad, que es como se las percibía conforme al pensamiento medieval. No resulta sorprendente, por cierto, que muchos comentaristas hayan llamado la atención hacia la importancia de “la recuperación y traducción de la *Política* de Aristóteles”, que tuvo lugar en la década de 1250, y “el consiguiente resurgimiento de la idea de que la filosofía política constituye una disciplina independiente digna de estudio por derecho propio” (Skinner, 1978, vol. 2, p. 349).

Para Aristóteles, sin embargo, no había una separación bien definida entre la política y la ética. La filosofía escolástica, que había incorporado la filosofía aristotélica, aún podía recurrir a la autoridad de Aristóteles para mantener una perspectiva del mundo que, como en la *De monarchia* de Dante, se hallase ordenada conforme a una jerarquía teológica. Esto ya no ocurría así con Maquiavelo, quien inició una “revolución del acercamiento” que más tarde iba a concluir Hobbes (Habermas, 1963a, p. 41). Maquiavelo trató la política como un objeto de conocimiento científico, modelo en el que influían grandemente los acontecimientos con-

temporáneos en el campo de las ciencias naturales. El objetivo de esta "ciencia" política era el estudio de las formas en que debía actuar el empresario político con el fin de llegar a ser un príncipe, y permanecer como tal, en un mundo que, por más que resultase comprensible a través de la experiencia, no se hallaba previamente ordenado conforme a ningún designio superior. Ésta es la razón por la cual, según Maquiavelo, el destino del príncipe queda determinado por la *virtù*, que son sus habilidades, y por la *fortuna*, es decir, la suerte.

Aunado al surgimiento de una ciencia política separada e independiente, había en *El príncipe*, el concepto incierto, tentativo, de un objeto para esta ciencia, así como de un mundo para ella: el estado. Aun cuando hacia finales de la Edad Media se habían presenciado algunos ejemplos del uso de la palabra "estado" en un sentido que tendía hacia el significado moderno (Tenenti, 1987, pp. 15-97), fue únicamente con Maquiavelo que se inició tentativamente el vocabulario político moderno (Skinner, 1978, vol. 2, pp. 354-358). Maquiavelo utilizaba a menudo una expresión que le podría parecer poco clara al lector contemporáneo: "lo stato del príncipe" —el estado del príncipe. En este sentido, "estado", palabra que en todas las lenguas occidentales proviene del latín *status*, indica la condición que guarda algo, como por ejemplo en la expresión norteamericana "el estado de la Unión", o el estatus social de un individuo, un grupo o una clase (Miglio, 1981; Bobbio, 1981b). En la tradición humanista anterior a Maquiavelo y, en muy buena medida, todavía en la obra de éste, dicho vocablo se utilizaba constantemente

[...] para referirse a una de dos cosas: o bien al estado o condición en el que se encuentra un gobernante (el *status principii*); o bien, el "estado de la nación" en general, es decir, las condiciones en que se halla el reino como un todo (el *status regni*) (Skinner, 1978, vol. 2, p. 353).

Jack H. Hexter señala que Maquiavelo utilizaba la palabra "estado" para indicar algo *pasivo*, el objeto de las acciones del príncipe, quien actúa a manera de "adquirir", "sostener", "mantener", "arrebatar", "perder" *su* estado (Hexter, 1973, p. 156). Otros autores han recalcado que dicho vocablo, tal como se le usa en *El príncipe*, ya había adquirido la característica del significado *activo* moderno, conforme al cual el estado es el sujeto de la acción política (Chiap-

PELLI, 1952 y 1959). Indudablemente, en Maquiavelo el estado no es aún la *persona* abstracta en que se convertirá después de Hobbes. El estado era todavía, para usar la expresión de Kantorowicz, el otro cuerpo del rey, y no la ficción legal de una *persona*, como en la teoría moderna de las corporaciones (Kantorowicz, 1957, pp. 270-272). El cambio en el uso de la palabra, del pasivo al activo, ocurrió al mismo tiempo que acaecía esta transición en su referente: de la persona del príncipe, al cuerpo inmortal del rey y, a la postre, a la vida independiente y autónoma de una persona legal. Para Maquiavelo y sus contemporáneos, el estado consistía aún en los partidarios del príncipe, así como en su principado (De Vries, 1957; Miglio, 1981, pp. 74-77).

Como vimos en la cita de Maquiavelo con la que se inicia esta sección, el surgimiento tentativo de un nuevo concepto político se inspiró en el hecho de que se percibía el fracaso del orden antiguo basado en la religión (Hirschman, 1977, pp. 14-15). Maquiavelo consideraba que los ciudadanos de los diversos estados italianos eran poco fiables, egoístas y codiciosos. Además, retrataba a la totalidad de la "nación" italiana como un espectáculo de corrupción, rivalidades, traiciones y guerras. De hecho, el príncipe tenía que sobresalir en el *ars militaris*, el arte de la guerra (1513, cap. xiv). Como ejemplo que venía al caso, identificaba a César Borgia, a quien se consideraba uno de los príncipes más crueles y arteros de su época, como al hombre que podría tener la oportunidad de unificar a toda Italia en un solo principado (1513, cap. vii). Maquiavelo consideraba que la anarquía era tanto interna (dentro de las fronteras de un principado) como internacional (en las relaciones entre los diversos príncipes). Para él, la manera de contrarrestar esta desorganización social y moral era utilizar el poder coercitivo del príncipe, la fuerza mediante la cual se unificaría a la península italiana y se restablecería el orden. Más tarde, Bodin, al igual que Hobbes, llegaron a la conclusión de que las monarquías nacionales de Europa requerían de una concepción más vigorosa y duradera de unidad y cohesión. Tal concepto lo vino a representar el estado, tras salir del estatus larval del "estado del príncipe".

EL ESTADO DEL LEVIATÁN

Maquiavelo captó un momento crítico del proceso de transición del mundo antiguo al nuevo, proceso que se hallaba lo suficientemente avanzado como para revelar sus problemas, pero no lo bastante como para sugerir las soluciones a éstos. Las condiciones de la Italia del siglo XVII inspiraban el tratamiento conceptual de la "estructuración del estado", pero no el de su "legitimación". Las monarquías de Francia e Inglaterra ofrecían una inspiración concreta, pero para desazón de Maquiavelo, ninguno de los príncipes italianos era capaz de llevar a cabo la labor de unificación. La subsiguiente dependencia de los diversos "estaditos" italianos con respecto a potencias extranjeras como Francia, España o Austria, les permitió a los autores franceses e ingleses, así como a otros teóricos que vivían bajo monarquías nacionales, desarrollar una ciencia de la política.

Francia fue el primer país europeo en crear las precondiciones para la aparición de un concepto desarrollado de estado, a través de la centralización del poder y de un territorio unificado y claramente delimitado (Skinner, 1978, vol. 2, p. 354; Guenée, 1967; Tenenti, 1987). La transición al carácter de estado activo y personificado se subrayaba en la obra de Guillaume Budé, y especialmente en los *Six livres de la République* de Jean Bodin (1576), por más que Bodin escribía por lo general acerca de una *République* y no tanto sobre un *estat*, cuyo significado, al igual que en Maquiavelo, era aún incierto (Tenenti, 1987, pp. 243-257). En Inglaterra, mientras tanto, la incertidumbre política del siglo XVII hacía que las cuestiones de comunidad y obligación políticas fuesen medulares en el pensamiento de los intelectuales.

Los debates de los franceses y los ingleses con frecuencia asumían el carácter de una "respuesta" a la maldad de Maquiavelo. En Inglaterra, "Maquiavelo" y "maquiavelismo" pasaron a ser sinónimos de traición y engaño. Tanto los escritores católicos como los protestantes expresaban desdén por las implicaciones amorales de *El príncipe* de Maquiavelo; tanto así que, en 1559, este libro fue incluido en el Índice de los textos prohibidos por la Iglesia católica romana (Cassirer, 1946, pp. 116-139).

Los temas de *El príncipe* ciertamente no estuvieron ausentes en las reflexiones de Hobbes sobre los fundamentos de un orden social estable, cuando redactó su obra maestra *Leviatán* (1651;